

# LA GUERRA FRANCO-PRUSIANA DE 1.870

Mayor RAMIRO ZAMBRANO CARDENAS

La sucesión de la hija de Fernando VII y la aventura mexicana de Maximiliano, como causas; la I y II guerras mundiales, como consecuencias. - Siete semanas de la movilización a la derrota. - Francia resiste hasta el final. - La angustia de abril y mayo de 1871. - Un epílogo político para la acción guerrera: nace el II Reich alemán y muere el II Imperio francés.

Este mes de julio, en la historia universal de las armas trae el recuerdo centenario de la iniciación de la guerra franco-prusiana, que a la postre habría de convertirse tiempo después en uno de los motivos de la primera confrontación armada de carácter mundial del 1914 a 1918 y en raíz remota de la segunda guerra mundial.

Más que los ciento noventa días de guerra, quince batallas, un centenar de combates, cuatro centenares de miles de bajas para ambos contrincantes; la pérdida de la Alsacia y la Lorena para Francia y la fuerte indemnización en metálico que se obligó a pagar al gobierno de París, mediante el tratado de Francfort del Meno, esta guerra es digna de ser recordada un siglo después por las hondas repercusiones políticas que dejó

como secuelas en lo profundo del alma de franceses y alemanes. Con el criterio de presentar una reseña de la misma, antes que con el deseo de analizar a la luz de la ortodoxia de la guerra sus acciones, es como iniciamos estas cuartillas para la "Revista de las Fuerzas Armadas".

## **La sombra de Fernando VII y de la aventura mexicana de Maximiliano.**

Dormía ya Fernando VII en su cripta blanca, rodeada de la enorme mole grisácea del monasterio del Escorial, cuando las guerras carlistas comenzaron —hacia la segunda mitad del siglo XIX— a ensangrentar el territorio español. Su hija, llamada como la reina cuya benévola acogida a Colón abrió para España las puertas de un nuevo mundo, subió al trono en con-

diciones adversas y adverso también fue el destino de Isabel II luego de su matrimonio con Francisco de Asís. Las llamas de la revuelta convulsionaron a España, desde Cádiz hasta los Pirineos, e Isabel tuvo necesidad de buscar refugio en Francia. El Ejército nominó un regente —el general Serrano— y los cuadros dirigentes del país se ocuparon de buscar nuevo monarca, para lo cual se pensó primero en Leopoldo de Hohenzollern y luego en el piemontés Amadeo de Aosta, hijo de Víctor Manuel. La sola enunciación de un Hohenzollern como candidato al trono español, fue suficiente para causar malestar en Francia y crear la sensación de que el “equilibrio político” europeo se vería amenazado con tal advenimiento y de que Francia, particularmente, peligraría cuando tuviese de un lado de sus fronteras a Guillermo I de Prusia y del otro, a su pariente Leopoldo. Leopoldo renunció al sueño de ocupar el trono castellano, pero Napoleón III consideró de utilidad obtener por parte de Prusia la promesa solemne de que nunca un miembro de esa casa aceptaría figurar como pretendiente a la corona de España.

Napoleón confió a su Embajador en Prusia la misión de obtener un pronunciamiento en este sentido por parte de Guillermo I, y Bismark —su canciller— alteró el texto del mensaje petitorio francés, para herir primero el orgullo galo y hacer público luego el rechazo teutón. Francia, espíritu selecto e hipersensible en lo re-

lativo a su orgullo nacional, inició los preparativos para una movilización desde el quince de julio de 1780: se solicitaron créditos extras por el ejecutivo, se organizó el reclutamiento voluntario y se tomaron otras medidas, que concluyeron cuatro días más tarde con la declaratoria de guerra a Prusia.

Autorizados historiadores (1) aseguran que entre las causas de esta guerra debe mencionarse también la sensación de fracaso que en el sobrino de Napoleón “el grande” (2) dejó la torpe intervención mexicana para instaurar a Maximiliano contra el querer popular, cuyo resultado fue la pérdida de prestigio del Emperador francés y, lógicamente, su deseo de recuperarlo mediante el triunfo en los campos de combate.

#### **Siete semanas de la movilización a la derrota.**

Al iniciar la contienda Francia contaba en su haber con algunos adelantos en material bélico, que se traducían en el uso de la ametralladora de cañón múltiple y del fusil “Chassepot” para su infantería, y creía disponer también de la solidaridad irrestricta de Austria, Italia, Dinamarca y algunas provincias prusianas, no muy adictas a Guillermo I.

Mientras Francia hervía, abrasada en el fuego patriótico que le ha sido peculiar, el alto mando alemán y, particularmente, su Estado Mayor, trabajaba con eficacia y con método. Esta labor admirable de Estado Mayor se



Mayor RAMIRO ZAMBRANO CARDENAS

complementó con la adecuada utilización de la red férrea, que permitió una rápida concentración de efectivos, movilizados dentro de las condiciones de tiempo y espacio acordadas.

Tres ejércitos alemanes, bajo el mando del rey y la Jefatura de Estado Mayor de Von Moltke, con efectivos iguales a 638.000 hombres y 1.908 piezas de artillería, con sus correspondientes reservas, se enfrentaron a dos ejércitos franceses mandados en persona por Napoleón III, quien buscaba invadir rápidamente el sur de Prusia y capitalizar simpatizantes en el propio suelo enemigo. La decisión prusiana era, en cambio, la de destruir a los franceses o flanquearlos para llegar hasta París y dejar aislada su masa de combate.

El cuatro de agosto la vanguardia francesa fue destrozada, luego de que dos días antes las armas de Francia habían obtenido el pequeño triunfo de Sarrebrücken. Seguidamente, éxitos relativos de Alemania en Alsacia y Lorena, trajeron desmoralización a las filas imperiales y lo más grave, crea-

ron en Italia y en Austria —aliadas potenciales de Francia— la certeza de que no valdría la pena intervenir en una causa ya perdida.

La progresión teutona prosiguió incontenible en territorio enemigo y luego de la acción de Gravelotte, en que este perdió cuarenta mil efectivos, le obligó a confinarse en la plaza fuerte de Metz. El mando francés determinó movilizar los ciento treinta mil soldados concentrados en Chalons para auxiliar a los sitiados de Metz, libertarlos y luego atacar las tropas germanas. Esta maniobra, que inicialmente desconcertó a los alemanes por su audacia, fue en breve adivinada por el príncipe Alberto de Sajonia, comandante del IV ejército alemán, aumentado con efectivos del III, que planeó atacar en Sedán, luego de un hábil envolvimiento al grueso de las tropas francesas, encabezadas en persona por su Emperador. Cercados por medio del fuego y de la maniobra, los imperiales sufrieron la más grave de sus derrotas el 2 de septiembre de 1870 en el campo de Sedán: más de veinte mil prisioneros iniciales, cerca de ochenta mil en los días subsiguientes, el desmoronamiento de la moral de combate francesa y la prisión de Napoleón III, señalaron el comienzo del fin. El sueño de un segundo imperio se desvanecía para quien parecía ser el Bonaparte más calificado entre los sucesores del primer emperador, al tiempo que se vislumbraba el nacimiento del II Reich alemán en cabeza del rey Guillermo.

### Francia resiste hasta el final

Tras el caos de la primera década luego de Sedán, ante la situación de completa indefensión de Francia y la ausencia del Jefe del gobierno, vino la reacción patriótica francesa y la constitución de un nuevo ejecutivo provisional, cuya determinación fue resistir hasta el final. Ciento treinta mil prusianos estaban a las puertas de París, que solo contaba para su defensa con los supervivientes del trigésimo cuerpo del ejército francés, y con el aporte voluntario de las milicias que se improvisaban para defender barricada por barricada y casa por casa el corazón político de la nación.

La situación no podía ser más desoladora, cuando en provincia —Metz y Belfort— las fuerzas francesas solo habían obtenido nuevos descalabros; no obstante los esfuerzos desesperados de las escuadras francesas —del Mediterráneo y del Atlántico— desembarcadas con la totalidad de sus efectivos para emprender un valeroso contra-ataque.

Días después, en tanto que el gobierno francés provisional comprendía la inutilidad de la guerra y convocaba a una asamblea nacional en Burdeos, los sufrimientos de los parisien- ses, la falta de paga a la Guardia Nacional y las prédicas de los intelectuales de izquierda —que hallaron eco entre trabajadores, pequeños burgueses y soldados— causaron en la capital sublevaciones de inspiración jacobina, conocidas como la “Comuna”.

Se creó entonces un comité central revolucionario y ante el traslado de la asamblea nacional de Burdeos a Versalles, en lugar de hacerlo a París, en la noche del 18 de marzo de 1781 los sublevados se hicieron definitivamente dueños de la capital, adoptaron una bandera roja, cerraron iglesias y conventos, establecieron un comité de salud pública y fusilaron a numerosos rehenes.

La respuesta del gobierno de Versalles se tradujo en un segundo asedio a la Capital, por las tropas de la Asamblea, que luego de un cruento sitio dominaron a los insurrectos.

### La angustia de abril y mayo de 1871

Henry Pitaud, en “Madame Lynch”, (3) narra dantescas escenas sobre la angustia y la muerte que se enseñorearon de París, durante los días de abril y mayo de 1781, así: “Calle por calle y barricada tras barricada toman a París...” (...) “A las matanzas responden con matanzas: los días 24, 25 y 26 de mayo” (...) “La ferocidad llega al colmo. Ebrias de destrucción, mujeres de baja estofa queman barrio por barrio... París no es más que un inmenso haz de llamas. Los días 27 y 28 de mayo se libran los últimos combates en el cementerio de Père Lachaise”. Luego de estas escenas, que Pitaud pone en boca de la señora Elisa Alicia Lynch, heroína de Paraguay (4) y testigo presencial de los acontecimientos de 1871 en París, hace énfasis en señalar lo terrible de la represión, y la multi-

plicidad de las "cortes marciales", que luego de juicios sumarios originados en denuncias anónimas, segaron las vidas respetadas por las balas de los combates contra Prusia.

Otro testimonio que sin duda permite comprender en su hondo dramatismo esa época, es la edición de "Le journal des Débats", correspondiente al treinta y uno de mayo de mil ochocientos setenta y uno, que dice: "Desde la mañana un tupido cordón se forma ante el Théâtre du Chatelet. De cuando en cuando se ve salir a un grupo de quince o veinte individuos, compuesto de guardias nacionales, civiles, mujeres y niños de quince a dieciséis años. Son individuos condenados a muerte. Marchan de dos en dos, escoltados por cazadores a pie. Esa comitiva sigue por el muelle y penetra en el cuartel Labau. Un minuto después se oye retumbar el fuego de los pelotones y sucesivas descargas de mosquetería: la sentencia de la corte marcial acaba de ser ejecutada" (5).

Todo comentario para presentar un cuadro dantesco de la situación entonces vivida carece de la suficiente intensidad si recordamos que treinta y cinco mil personas fueron fusiladas por esos días en París. Epilogaron estas víctimas el mandato de Napoleón III, cuya acertada gestión económica cayó a tierra sobre los campos de batalla, en donde el destino habría de marcar el nacimiento de la III República francesa por solo un voto de mayoría 1875.

## Un epílogo político para la acción guerrera.

La paz, acordada por la conferencia de Versalles y la Asamblea Nacional francesa desde el mes de febrero, fue ratificada el 10 de mayo de 1871, mediante el tratado de Francfort del Meno.

La derrota militar que significó para Francia ochenta mil muertos, ciento cincuenta mil heridos y trescientos sesenta mil prisioneros, se tradujo al lenguaje diplomático en la entrega de Alsacia y Lorena —piedra de toque franco-alemán— y el pago de cinco mil millones de francos, como indemnización, dentro de un plazo de tres años y graduada su entrega con la evacuación progresiva de plazas fuertes por tropas prusianas.

Manifestaron los historiadores que en el pago casi inmediato de la indemnización, merced a gigantescas colectas populares, se puso nuevamente de manifiesto el alma nacional francesa, ansiosa de ver lejos de su tierra los uniformes prusianos.

Adolfo Thiers, elegido Jefe del ejecutivo, no obstante sus setenta y cuatro años, buscó salvar a Francia desde la Presidencia de la República, labor en la cual le substituyó el mariscal Mauricio de Mac-Mahon.

Francia había sobrevivido el grave colapso de la guerra del setenta, prólogo obligado para las guerras, más cruentas aún, de 1914 y 1939.

## NOTAS:

- (1) Robert Hermann Tenbrock, "Historia de Alemania", Max Hueber Verlag, Munchen y Ferdinand Schonningh, Paderborn, 1968, pg. 210 y ss.
- (2) Como se recordará, Luis Bonaparte, hermano de Napoleón I, fue el padre de Carlos Luís Napoleón Bonaparte, quien luego de llegar a la presidencia de Francia el 10 de diciembre de 1948, disolvió la Asamblea y restableció el imperio.
- (3) Henry Pitaud, "Madame Lynch", Editions SEEFP, Asunción, Paraguay, 1958.
- (4) Elisa Lynch, irlandesa de nacimiento y casada con el médico francés monsieur de Quatrefagues, conoció a Francisco Solano López, a la sazón embajador del Paraguay en los salones del II Imperio. Se hizo su amante, le siguió a Suramérica y a su lado luchó en la "guerra de la triple alianza" que durante cinco años enfrentó al Paraguay contra el Brasil, Argentina y el Uruguay, coligadas. Luego del desastre paraguayo y de la muerte de Solano López fue expulsada y regresó a París.
- (5) Cit. Pitaud, Op. cit. pg. 221.